

# ARMAMENTISMO Y SEGURIDAD HUMANA

Vivimos en un mundo fundado sobre la violencia, al extremo que el Papa Juan Pablo II señala:

"Hay muchas situaciones de injusticia que no explotan en conflictos abiertos sólo porque la violencia de los que detentan el poder es tan grande que priva a los que no tienen poder hasta de la energía y oportunidad de reclamar sus propios derechos" (Mensaje en la Jornada Mundial por la Paz, 1o. de enero de 1985).

Una violencia tan sutil e instalada que puede justificarse a sí misma como necesaria para la seguridad del mundo y para la defensa de las libertades y los derechos humanos. Una violencia que genera más violencia, pues al sustentar tan grandes injusticias entre los pueblos provoca esfuerzos (muchas veces violentos) de defenderse y de liberarse de unas estructuras opresoras.

El mundo en el que vivimos está dominado por la violencia de dos inmensas superpotencias. Cada una de ellas siente amenazada permanentemente su propia seguridad por la otra. Cada una de ellas además se autoproclama guardiana de la seguridad mundial. Por eso mismo, cada una de ellas se ha convertido en una amenaza real a la vida en el planeta Tierra.

Lo más grave, quizás, es que los demás países del mundo, especialmente los pequeños y de escaso poder (como Venezuela) han aceptado su papel de "protegidos" por alguna de las superpotencias, han asimilado la argumentación y mentalidad de ellas e incluso colaboran en sus sistemas de "seguridad".

¿No podemos más que contemplar y callar ante este panorama de la violencia mundial? ¿La proliferación de armas nucleares y convencionales, y el aumento continuo de los gastos militares en el mundo son el camino hacia la paz mundial? ¿Podemos los venezolanos quedarnos impasibles ante el espectáculo de la violencia que arriesga el futuro de la humanidad?

## UNA CUESTION DE SUPERVIVENCIA

Rara vez nos percatamos del peligro que corremos por la dinámica de la violencia que impulsa la desenfrenada carrera armamentista entre las grandes potencias del mundo. Se nos hace más fácil pensar que es un problema de los pueblos europeos directamente apuntados por los misiles de ambas partes.

Sin embargo, los actuales sistemas de ataque-respuesta nuclear de las superpotencias el área del Caribe y Venezuela constituye zona de ataque. En otras palabras, nuestra situación geográfica nos condena a ser de las primeras víctimas en caso de un ataque nuclear. El aumento de los sistemas nucleares de ataque y defensa en el mundo ponen a nuestro país en peligro de muerte. No se trata de una metáfora ni de una exageración retórica: corremos peligro de muerte total como personas, como país, como pueblo, como parte de la humanidad...

También padecemos otro tipo de muerte menos impresionante pero ya presente. Los recursos económicos, científicos y de todo tipo que se gastan (gastamos) en la construcción y mantenimiento de los sistemas militares de defensa y en la carrera armamentista entre las potencias y entre los países pequeños, son recursos que no se utilizan (no se pueden utilizar) en la producción de alimentos para una humanidad en su mayor parte hambrienta, ni en servicios médicos y sanitarios para una humanidad enferma, ni en viviendas, escuelas... para una humanidad necesitada. Quienes padecen este tipo de muerte cotidiana no son (mayoritariamente) los habitantes de los países centrales del sistema mundial. El hambre, la desnutrición, la muerte por enfermedades controlables, la ignorancia, la carencia de los más elementales servicios son patrimonio de los pueblos del sur del mundo (los de abajo). Esa es la violencia que nos deja sin energía ni siquiera para reclamar nuestros derechos. Somos las víctimas, en el sentido sacrificial-religioso de la palabra, de unas relaciones basadas en premisas inhumanas, que distorsionan los objetivos y medios de lograr una vida pacífica para los hombres y mujeres de esta tierra.

No es sólo un problema de supervivencia. Es también una cuestión de principios, de

forma de concebir e imaginar la vida humana. Venezuela ha sido y es un país pacífico, es decir, que busca una paz fundada en la justicia para toda la humanidad, que no cree en la violencia como forma de dirimir los problemas entre personas, entre pueblos o entre naciones, ni en mecanismos de fuerza para la toma de decisiones sociales. Participar e, incluso, solamente presenciar la carrera armamentista va en contra de sus concepciones más profundas.

Venezuela ha sido signataria de los tratados de desnuclearización de América Latina y el Caribe (Tratado de Tlatelolco) y ha apoyado iniciativas de congelamiento de armas nucleares. Pero eso no basta. Como país pacífico tendría que tomar una actitud más decidida tanto en su política exterior como en la distribución de sus propios recursos internos que reflejara mejor su concepción del hombre y propicie la marcha de la humanidad por el sendero de la justicia y la paz, escapándose de la trampa mortal en la que nos ha atrapado el juego de las superpotencias y las actuales estructuras mundiales.

### **EDIFICAMOS SOBRE ARENA**

La (sin)razón de ser de la carrera armamentista tiene que ver con la reducción de la seguridad de los pueblos a sus aspectos militares. La seguridad de un pueblo es un asunto complejo; reducirlo a sus aspectos militares es una reducción inaceptable. Las amenazas militares contra las naciones son de menor importancia de las que provienen de las condiciones económicas y políticas en que vive esa nación. Más aún, el aumento de la "seguridad militar" lo que hace es incrementar la inseguridad interna y externa. En su sentido pleno, la seguridad está vinculada a la realización de los derechos humanos y de las libertades específicas de cada persona en la sociedad y de cada pueblo en el mundo.

El fondo de esta sin-razón radica en fundar la posibilidad de la paz entre los pueblos y la paz interna de las sociedades en la disuasión por la fuerza de los potenciales enemigos. Evitar los conflictos no porque se establecen unas relaciones que concilian los intereses o buscan áreas comunes de entendimiento, sino porque la fuerza militar que se posee "disuade" al potencial enemigo de entrar en conflicto porque teme las consecuencias de un ataque o contraataque. De esta manera cada nación —especialmente las superpotencias— se ven obligadas a acumular tal cantidad de armamentos y sistemas de defensa-ataque militares que hagan a cualquier otro desistir de intentar una agresión. La seguridad depende, en esa dinámica, de la acumulación de medios militares de manera tal que provoque temor en los otros interlocutores sociales y mundiales. Esto es edificar sobre arena una seguridad que a la larga resulta falsa.

Mientras las relaciones internacionales y las relaciones internas en las sociedades humanas no superen la disuasión que produce el temor a la fuerza militar del otro, la carrera armamentista es indetenible. Cualquier esfuerzo por establecer unas relaciones basadas en el respeto mutuo de las libertades personales hace efectiva la autodeterminación de los pueblos y el logro de mecanismos no-militares de dirimir las diferencias entre las naciones, es un aporte a la prolongación de la vida humana sobre la tierra.

### **DESARME Y CONTROL CIVIL**

La utopía está clara: luchamos por la Vida, es decir, buscamos vivir en una paz que sea fruto de la justicia (Is 32,17) y expresión del amor (1Cor 13,4). Eso implica correr el riesgo de fundar las relaciones sociales e internacionales sobre otras bases: edificar sobre roca, o sea, elegir libremente tratar a los demás pueblos y a las demás personas como tales, como sujetos capaces de actuar cooperativamente para conseguir el objetivo común de una vida pacífica.

En nuestro mundo de hoy esto significa eliminar todo conflicto armado y toda guerra. Si las armas e instalaciones militares se reducen de tal modo que dejen de ser amenaza a otros pueblos o grupos sociales, habríamos dado un inmenso paso hacia la búsqueda de medios alternativos de regular las relaciones humanas.

De allí que el desarme pueda plantearse como la manera de poner al mundo fuera de toda posibilidad de conflicto armado y de guerra. En primer lugar de aquellos conflictos que pueden ocasionar la muerte del entero planeta. El primer objetivo, por tanto, de la lucha por el desarme es la destrucción de aquellas armas nucleares, biológicas y químicas que amenazan la existencia misma de la humanidad.

Igualmente el control civil de los asuntos militares y de seguridad de las naciones es un paso ineludible para la realización de una vida pacífica. Control civil significa una sociedad democrática, participativa, en la que el pueblo organizado es sujeto de su propia historia y garantía de que los recursos que hoy se destinan a la seudo-defensa militar se orienten a la satisfacción de las necesidades básicas de las personas.